

CAPÍTULO III.

DEFECCION DE OLID.—PELIGROSA MARCHA Á HONDURAS.—Suplicio de CUAUHEMOTZIN.—DOÑA MARINA.—LLEGADA Á HONDURAS.

(1524.—1526.)

En el capítulo anterior hemos visto que Cristóbal de Olid fué enviado por Cortés á fundar una colonia en Honduras. La expedición tuvo un éxito que no habria sido fácil prever, porque engreido Olid con el ejercicio del poder, resolvió luego que hubo llegado al lugar de su destino, alzarse con el mando y declararse independiente, lisonjándose de que su gran distancia de México le permitiría hacerlo impunemente; mas fué desconocer enteramente el carácter de Cortés, figurarse que ninguna distancia, por grande que fuese, podia salvar de su venganza á un rebelde.

Pasóse mucho tiempo sin que el general supiese de la defección de Olid; mas no bien llegó á su noticia cuando mandó á Honduras á uno de sus oficiales, pariente suyo y digno de toda su confianza, con órdenes de arrestar al gefe desobediente. Francisco de Las-Casas, era el nombre de ese oficial que naufragó cerca de la costa y cayó en manos de Olid; mas por una casualidad logró promover en el campamento de éste, una insurrección, se apoderó de su persona y decapitó al desventurado delincuente, en el mercado de Naco.<sup>1</sup>

De todo esto lo único que supo Cortés fué el naufragio de su emisario; por lo que, considerando las perniciosas consecuencias del ejemplo dado por Olid, especialmente si quedaba impune, determinó coger el negocio por su propia cuenta y em-

<sup>1</sup> Carta Quinta de Cortés, MS.

prender una expedición á Honduras. Proponíase además asegurarse por sí mismo de los recursos de aquellas provincias cuya riqueza minera era tan celebrada; y acaso también descubrir la comunicación entre los dos Océanos, que inútilmente se habia buscado por los navegantes españoles. Impulsábase finalmente, á dar este paso la desventajosa posición en que se encontraba en México, adonde habian llegado recientemente de la madre patria, varios funcionarios que aunque tenían por objeto ostensible cuidar de las rentas de las colonias, no eran en realidad sino espías que no perdían ocasión de mortificarle y que enviaban á la corte los mas malignos informes acerca de la conducta y proyectos del general. En suma, Cortés se encontraba ahora que habia sido nombrado legalmente gobernador general de las tierras descubiertas por él, con menos poder del que ejercía cuando carecía de toda autorización.

Las fuerzas que llevó consigo no pasarían de 100 ginetes y 40 ó 50 infantes, á lo que se agregaban 3.000 indios auxiliares.<sup>2</sup> Estaban entre ellos Cuauhtemotzin, el cacique de Tlacopan y algunos otros pocos personajes cuya alta calidad les habria hecho servir fácilmente de núcleo á los descontentos. Su servidumbre se componía de varios pages, jóvenes de buena familia, y entre ellos Montejo, el futuro conquistador de Yucatán; un repostero, un mayordomo y varios músicos, danzantes, juglares y bufones; séquito que parecia mas bien el de un afeminado sátrapa de Oriente, que no el de un rudo caballero español.<sup>3</sup> Sin embargo, la sospecha de afeminamiento quedó desvanecida por los terribles sucesos subsecuentes.

Cortés emprendió su marcha el 12 de Octubre de 1524. Al bajar la falda de la Cordillera comenzó á encontrar á varios de sus antiguos camaradas, que recibieron con regocijo á su comandante, y abandonaron sus tierras para entrar en la expedición.<sup>4</sup> Detúvose en la provincia de Coatzacoalco (Huazacual-

<sup>2</sup> Carta de Albornoz, MS., México, Diciembre 15 de 1525. Carta Quinta de Cortés, MS.

Los autores no están enteramente concordes en cuanto al número que probablemente iría, variando á cada nuevo paso que daban en la mesa central.

<sup>3</sup> Bernal Diaz, cap. 174.

<sup>4</sup> Entre ellos estaba el capitán Diaz, á quien no hizo muy buena gracia tener que

co) mientras le instruian los naturales de Tabasco, del camino que debia tomar. Presentáronle un mapa donde estaban señalados los principales lugares donde acostumbraban posar los mercaderes errantes que recorrian aquellas comarcas. Ayudado de este mapa, de una brújula y de los guias que de tiempo en tiempo encontraba, determinó atravesar el estenso y plano territorio que forma la base de Yucatán, y que se estiende desde el rio Goazacoalco hasta la punta del Golfo de Honduras. "Daré á vuestra magestad" dice al empezar su Carta Quinta, "cumplida noticia, como es mi costumbre hacerlo, de todas las cosas dignas de atencion que me han acaecido durante este viage, y de cada una de ellas daré á vuestra magestad relacion por separado."<sup>5</sup> No ecsageró Cortés en lo que ofrecia.

Al principiar su marcha atravesó un terreno bajo y cenagoso, recorrido por multitud de riachuelos que forman el nacimiento del rio de *Tabasco* y de otros que desembocan en el Golfo de México. Estos riachuelos los vadeaba ó los pasaba en canoas, haciendo que los caballos tenidos por la brida los atravesasen á nado: los mas caudalosos los pasaba mediante puentes suspendidos. Se dá una idea de las dificultades y obstáculos que tuvieron en su marcha, con solo decir que en menos de veinte leguas tuvieron que hacer mas de cincuenta puentes; uno de los cuales tenia novecientos pasos de largo.<sup>6</sup> Uno de los mayores trabajos que pasaron fué la falta de víveres, pues los naturales prendian fuego á sus casas luego

*dejar la bella quinta que poseia en la provincia de Coatzacoalco; "pero Cortés lo mandaba y no nos atreviamos á decir no." Ibid., cap. 175.*

<sup>5</sup> Esta célebre carta que jamas ha sido publicada, es conocida bajo el nombre de Carta Quinta de Cortés. Es casi del mismo tamaño que la mayor de las ya impresas: su estilo es como el de estas, claro, sencillo y conciso; y es por último tan interesante como las otras: da una relacion escrupulosa de la expedicion á Honduras y de los sucesos acaecidos el año siguiente. No tiene fecha, mas probablemente habrá sido escrita en México ese mismo año. El original ecsiste en la librería imperial de Viena, donde como en aquel tiempo gobernaba la Alemania la misma mano que á Castilla, se encuentran documentos preciosos sobre la historia de España.

<sup>6</sup> "Es tierra muy baja y de muchas ciénegas, tanto que en tiempo de invierno no se puede andar ni se sirve sino en canoas, y con pasar yo en tiempo de seca, desde la entrada hasta la salida de ella, que puede haber veinte leguas, se hicieron mas de cincuenta puentes, que sin hacer fuera imposible pasar." Carta Quinta, MS.

que se acercaban los españoles, y dejaban á los desvalidos aventureros, tan solo montones de cenizas humeantes.

Seria inútil amontonar nombres de pueblos y ciudades indias de las que encontró el ejército en su ruta, y que ahora están abandonadas y no se encuentran designadas en ningun mapa.<sup>7</sup> El primer lugar de alguna importancia en que tocaron, fué Iztapan, situado en medio de una region feraz, á orillas de uno de los tributarios del Rio de Tabasco. Tal era el duro estremo á que el hambre y el cansancio habian reducido á los españoles en pocas semanas, que al ver aquel pueblo "prorumpieron," dice Cortés, "en un grito de alegría que resonó en los bosques convecinos." El ejército no distaba mucho de la antigua ciudad del Palenque, objeto de tantas especulaciones en nuestro siglo. Cuentan que el pueblo llamado *de las tres cruces*, situado á veinte ó treinta millas del Palenque, recuerda todavía con las tres cruces que dejaron allí clavadas, el paso de los conquistadores. Sin embargo, nada hablan los castellanos de aquella antigua capital. ¿Sería entonces el último resto de una ciudad tan vasta y floreciente como demuestran sus ruinas? ¿Ya seria monton de escombros oculto bajo una vegetacion selvática y escondido así de las miradas de los pueblos comarcanos? Si fuese lo primero no sería fácil esplicar el silencio de Cortés.

Luego que dejaron los españoles á Iztapan entraron en un pais bajo y pantanoso, interrumpido de vez en cuando por plantíos, y cubierto de bosques de cedro y de palo del Brasil que parecian interminables. El follage que colgaba de las copas de los árboles esparcia una sombra tan oscura que los soldados, segun dice Cortés, no veian donde asentaban el pié.<sup>8</sup> Para que mayor fuese su confusion, se vieron abandona-

<sup>7</sup> He ecsaminado los mapas mas antiguos del pais, hechos por los cosmógrafos españoles, franceses y holandeses, por ver si podia determinar el itinerario de Cortés. En la Universidad de Harvard se puede ver una preciosa coleccion de estos mapas, hecha por el sábio alemán Ebeling. En dicho mapa solo he podido encontrar cuatro ó cinco lugares de los indicados por el general: son los mencionados en el testo, y aunque pocos, pueden bastar para formarse en general una idea de la marcha del ejército.

<sup>8</sup> "Donde se ponian los piés en el suelo hácia arriba, la claridad del cielo no se veia, tanta era la alteza y espesura de los árboles, que aunque se subian en algunos, no podian descubrir un tiro de piedra." Carta Quinta de Cortés, MS.

dos de los guías, y cuando para descubrir el camino trepaban á la copa de los árboles; solo distinguían una ingrata é interminable línea de bosques mecidos por el viento. La brújula y el mapa es lo que únicamente podía sacarles de tan tenebrosa incertidumbre; por lo que Cortés y el constante Sandoval que le acompañaba en esta expedición, estendieron los mapas en el suelo, para ver si encontraban algún indicio de la dirección que debían seguir. Sus recursos se agotaron hasta verse obligadas las tropas á alimentarse de bellotas y de frutas silvestres. Gran número de soldados enfermaron y muchos indios agobiados de fatiga perecieron en el camino, de pura consunción.

Cuando por último salieron de aquellos bosques aciagos, se encontraron con un río mas caudaloso y de mucha mayor anchura que cuantos hasta entonces habían atravesado. Los soldados desanimados y sin aliento, comenzaron á murmurar del general que les hacía penetrar cada vez mas y mas en desiertos deshabitados, donde probablemente dejarían sus huesos. En vano les echó Cortés á fabricar un puente mediante el cual pudiesen pasar á la orilla opuesta: parecíales esta obra de colosal magnitud y desproporcionada á sus estenuadas fuerzas. No fué tan desgraciado cuando invitó á los indios, quienes con su obediencia sumisa avergonzaron á los españoles que pusieron manos á la obra tan de buena voluntad, que en cuatro dias le dieron término, no obstante que parecían ya prontos á sucumbir de cansancio. Y en verdad que aquel era el único modo de salir de esa intrincada posición. El puente constaba de cerca de mil vigas, del grueso de un hombre y de diez brazas de largo.<sup>9</sup> Cuando se considera que toda la madera era preciso cortarla á punta de hacha, se conoce que la construcción del puente fué obra de españoles. El conjunto de las vigas ofrecía un paso tan seguro y una contestura tan sólida, que solo el fuego podía destruirla. La obra llamó la atención de los indios que acudieron á examinarla desde grandes distancias, y durante muchos años quedó “el puente de Cortés,” como un monumento de perseverancia y energía.

La llegada del ejército á la orilla opuesta lo puso en nue-

<sup>9</sup> “Porque lleva mas que mil vigas, que la menor es casi tan gorda como un cuerpo de hombre, y de nueve y diez brazas en largo.” Carta Quinta, MS.

vos aprietos. El piso era tan flojo y húmedo, que los caballos se hundían hasta los encuentros y algunas veces casi quedaban enterrados en el fango de los pantanos. Costaba el mayor trabajo sacarlos de allí, mas se logró cubriendo el suelo con hojas y ramas de árboles, hasta que llegaban jadeando los animales á algún riachuelo que pasaba por en medio de la ciénega.<sup>10</sup>

Luego que salieron los españoles de estos pantanos entraron en un terreno elevado y bien cultivado, cubierto de maiz, de pimiento del país y de *yuca*; todo lo cual indicaba su proximidad á la capital de la feraz provincia de Aculan. Esto fué al empezar la cuaresma de 1525; periodo memorable por los acontecimientos cuya relación sacaré de la que nos dejó el mismo Cortés.

En este lugar supo el general, por revelación de uno de los indios que le acompañaban, que Cuauhtemotzín había tramado una conspiración con el cacique de Tlacopan y con otros indios principales, para asesinar á los españoles. Para realizarla se proponían esperar á que el ejército estuviese detenido en algún desfiladero ó pantano como los que acababan de pasar, en cuyo momento sería fácil agobiarlo bajo el número superior de mexicanos. Después del asesinato se proponían los indios proseguir su marcha á Honduras y caer sobre los establecimientos españoles. Sus triunfos volarían en un momento hasta la capital y se difundirían por todo el país: los españoles serían exterminados en todas partes, y finalmente los buques serían destruidos en los puertos para que no hubiese medio de que la noticia llegara del otro lado de las aguas.

Apenas supo Cortés tan formidable plan, mandó arrestar á

<sup>10</sup> “Pasada toda la gente y caballos del otro lado del alcon, dimos luego en una gran ciénega que duraba bien tres tiros de ballesta, la cosa mas espantosa que jamás las gentes vieron, donde todos los caballos desensillados se sumieron hasta las orejas sin parecerse otra cosa, y querer forcejear á salir, sumiáanse mas, de manera que allí perdimos toda la esperanza de poder escapar caballos ningunos; pero todavía comenzamos á trabajar y á componer los haces de yerbas y ramas grandes debajo, sobre que se sustentasen y no se sumiesen, remediábase algo, y andando trabajando y yendo y viniendo de la una parte á la otra, abrióse por medio de un callejon de agua y cieno, que los caballos comenzaron algo á nadar, y con esto plugo á nuestro Señor que salieron todos sin peligro ninguno.” Carta Quinta, MS.

Cuauhtemotzin y á los principales nobles aztecas que le acompañaban. Estos últimos confesaron la conspiración pero alegaron que su autor era Cuauhtemotzin, y que ellos se habían rehusado á ser sus cómplices. Cuauhtemotzin y el cacique de Tlacopan ni confesaron ni negaron la existencia de la conspiración, sino que guardaron el mas obstinado silencio.<sup>11</sup> Tal es la relacion que Cortés hace del hecho. Mas Bernal Diaz que se encontraba presente, dice: que tanto Cuauhtemotzin como el cacique, protestaron ser inocentes, aunque confesaron que mas de una vez se habían puesto á deplorar juntos los trabajos que pasaban y á decir que era preferible morir, á ver perecer diariamente junto á sí, á tantos compañeros: confesaron tambien que entre algunos aztecas se habia tratado de una conspiración; mas que el mismo Cuauhtemotzin la habia desaprobado, y que era imposible que nada se proyectara sin que él lo supiese y lo consintiese.<sup>12</sup> Estas protestas de nada sirvieron al mísero monarca, pues Cortés, satisfecho de la culpa del monarca, ó aparentando que lo estaba, ordenó que fuese ejecutado al instante.

Cuando le llevaban al fatal suplicio, mostró Cuauhtemotzin un espíritu digno de sus antiguos dias. “Ya yo conocia,” dijo, “lo que era fiarse á tus falsas promesas, Malintzin: sabia que este destino me preparabas desde que ví que no me maté por mi propia mano, luego que entraste en mi ciudad de Tenóchtitlan. ¿Por qué me matas tan injustamente? ¡Mira que Dios te pedirá cuenta de lo que ahora haces conmigo!”<sup>13</sup> El cacique de Tlacopan protestó tambien ser inocente y pidió como el mayor favor que se le permitiese morir al lado de su rey. Los desventurados príncipes y algunos nobles (cuyo número es incierto), fueron ahorcados de las altas ramas de una ceiba que está á orillas del camino.<sup>14</sup> Tal fué el fin de Cuauhtemot-

<sup>11</sup> *Ibid.*

<sup>12</sup> *Hist. de la Conquista, cap. 177.*

<sup>13</sup> *Ibid., ubi supra.*

<sup>14</sup> *Segun Bernal Diaz, tanto Cuauhtemotzin como el señor de Tlacopan, habían abrazado la fé cristiana, y se confesaron con un padre franciscano antes de la ejecución. Además, asegura que para ser indios eran muy buenos cristianos y creían bien y con fé. (Ibid., loco citato.) Esto recuerda la muerte de Caupolican convertido al*

zin, el último emperador azteca, y aun pudiera decirse que el último azteca, pues desde que él murió, desalentada la nacion y acéfala, se resignó casi sin oponer resistencia, al pesado yugo de sus opresores.

Entre los nombres de los príncipes bárbaros apenas hay uno que merezca tanto como el de Cuauhtemotzin, estar escrito en los anales de la fama. Era aun jóven y su carrera pública aunque corta, fué gloriosa. Subió al trono en los momentos en que espiraba la monarquía y en que las naciones aliadas de Anáhuac y los temibles europeos estaban á las puertas de la capital. Reinar entonces era empresa árdua; mas Cuauhtemotzin probó con su conducta que era hombre proporcionado á ella. Nadie dejará de admirar la firme constancia con que prolongo el sitio de la ciudad hasta que no quedó piedra sobre piedra; y no podemos menos algunas veces de partir nuestras simpatías entre el caudillo bárbaro que con tanta intrepidez defendia las patrias libertades, y entre su civilizado y afortunado antagonista.<sup>15</sup>

Estudiando las circunstancias de la muerte de Cuauhtemotzin, quedan grandes dudas de su complicidad en la conspiración. Que los indios, agobiados por los padecimientos, hayan pensado alguna vez en la venganza, nada tiene de sorprendente; pero que haya sido fraguado ó aprobado por Cuauhtemotzin un plan de conspiración tan extravagante como el arriba mencionado, es poco verosímil. La esplicación dada por el príncipe y referida por Bernal Diaz, es por lo menos tan digna de crédito como la acusación del denunciante.<sup>16</sup> La fal-

*cristianismo por los mismos hombres que le hicieron morir empalado. Véase la espantosa descripción de esta escena, pintada por mano maestra, en la Araucana, Canto 34.*

<sup>15</sup> *La hermosa muger de Cuauhtemotzin, Tecuichpo, hija del emperador Moteuczoma sobrevivió á su marido el tiempo bastante para dar su mano sucesivamente á tres castellanos de noble alcurnia. (Véase el lib. V, cap. II, nota 36). Dícese que estaba tan instruida en los dogmas de la fé católica, como pudiera estarlo la mejor dama de Castilla: que era bella y graciosa en su porte; y que contribuyó con su ejemplo y sus palabras, con las que procuraba tranquilizar el ánimo de los aztecas, á la paz y quietud del país nuevamente conquistado. Bueno será decir que este hermoso retrato ha sido trazado por la mano de su marido D. Thoan Cano. Véase Apéndice, parte 2, núm 11.*

<sup>16</sup> *Los cronistas indios tienen como inventada por Cortés la conspiración de Cuauhtemotzin. El mismo denunciante puesto despues en tortura por el cacique de Tetzcóco declaró que no habia hecho ninguna revelación sobre este punto al general español. Ir-*